

Ramos, Ana Margarita. (2020). “Prólogo”. En Caire, M.C. *PULLU MAPUCHE. “Espíritu de la tierra”*. *Relatos de Raúl Inocencio Jones Huala*, Buenos Aires: Arenz & Antich Editores, pp. 9-13 (ISBN 978-987-8385-04-4)

Prólogo

Ana Margarita Ramos¹

Era un camino de tres hileras de piedras, cuya función principal consistía en unir la casa de Martiniano Nahuelquir con la litera y el leñero que estaban más alejados. Sentándose en una de esas piedras uno se sentía pequeño y privilegiado, la vista llegaba al arroyo Cushamen y se extendía hacia los cerros cercanos de Mina Indio. Estos se recortaban sobre el fondo del cielo de Cushamen, un cielo que siempre –hasta el día de hoy-- acapara mi mirada. Ceferina Huenelaf, la mujer de Martiniano, nombraba ese mirador improvisado “el banquito de Ana”.

Este libro me transportó nuevamente a esos escenarios tan amados por mí. Allí no solo mis hijos recibieron sus nombres, jugaron, conversaron, aprendieron, quisieron y crecieron; sino que gran parte de mis afectos y vínculos se fueron tejiendo esos años y bajo ese cielo. Pasando las páginas, acontecen escenas cotidianas en faldeos, arroyos, caminos y mallines, y, como lectores, nos transportamos a ese espacio que, desde mucho antes de que se formara el Estado nación argentino, ya se llamaba Cushamen.

Empiezo por referirme a este lugar de apegos, memorias y luchas. Un espacio en el que se anudan miles y miles de historias, antiguas y recientes, nostálgicas, dolorosas, felices, irremplazables, como las de Raúl. Se trata de un mismo territorio pero que se despliega en varios “Cushamen”, según cómo ha sido habitado, transitado y recordado por cada uno de sus narradores, quienes, como Raúl, lo vuelven a recorrer con el recuerdo. Depende del género y la edad del narrador, si quien recuerda es una mujer o un hombre, o de cuándo a cada uno le tocó ser niño o niña, adolescente o adulto en esas tierras, porque hubo tiempos de unidad y prosperidad, años de pobreza y sobrevivencia, momentos de dispersión y épocas de “volver a levantarse”. Pero, en distintos tiempos y desde distintos lugares, el territorio de Cushamen sigue siendo el hogar desde el cual se emprenden trayectorias diversas y al cual se regresa una y otra vez, tanto con el cuerpo como con la memoria.

¹ Antropóloga, especialista en procesos de memorias. Hace más de veinticinco años trabaja junto a comunidades y organizaciones mapuche en la reconstrucción de sus relatos históricos. Inició sus trabajos en 1994 con los pobladores de Cushamen.

En la región de Cushamen, el pueblo mapuche fue libre y soberano hasta más o menos ciento treinta años atrás. Después de las campañas militares de fines del siglo XIX, Cushamen fue uno de los territorios al que fueron regresando las familias mapuche para volver a levantarse como pueblo². De hecho, y a pesar de los años de violencia, de los campos de concentración, de las persecuciones y de la destrucción de las familias y *lof*, la gente que fue asentándose y encontrándose en Cushamen volvió a levantar allí los camarucos. Las personas, aceptadas y acompañadas por los *ngen* del entorno, produjeron su bienestar de los frutos de la tierra y volvieron a ser prósperos. Los *lonkos* se reunían, debatían y acordaban estrategias para seguir adelante. Pero unas décadas después, Cushamen, como muchos otros sitios de relocalización, no pudo escapar a los intereses económicos de la explotación ganadera. Desde la década del treinta, años que muchos pobladores recuerdan como “el tiempo de la crisis”, inicia un proceso de despojo territorial y de empobrecimiento. Un proceso que se fue acuciando y haciéndose cada vez más devastador hasta el día de hoy. La historia de los Jones Huala es la historia de una familia que hizo todo lo que tenía a su alcance para sostener sus vínculos con el territorio de Cushamen y para continuar siendo parte de las relacionalidades que se habían conformado allí. Y, de este modo, nos muestra la lucha cotidiana que se llevó a cabo, al mismo tiempo y en miles de hogares, para contrarrestar la fuerza de los despojos violentos y masivos, y de aquellos otros más lentos y silenciosos.

La fuerza de este relato reside en el punto de vista escorzado³ de un niño que empieza mirando el mundo desde el cálido hogar construido por su madre. Desde allí mira el horizonte para distinguir, a partir de ciertas figuras de sombras los cuerpos de visitantes, de seres queridos que regresan o de otros que se alejan; observa el comportamiento de los arroyos para tomar decisiones o pensar estrategias acerca del camino; presta atención a los vientos para hacer pronósticos para los días siguientes; se aleja bajo la supervisión de su madre; y recorre los alrededores de su casa, como le enseñaron sus padres, en búsqueda de sustento. Desde la mirada de ese niño que, junto a sus hermanos y hermanas, primos y primas, vecinos y vecinas, creció en Cushamen, el territorio mapuche se nos presenta como un espacio afectivo, cotidiano y permanentemente reconfigurado por sus habitantes. No se trata de un paisaje inerte, sino de un territorio cuyos trazos, surcos y texturas están en permanente confección. Raúl nos cuenta cómo él y su familia fueron pisando, abriendo huellas y dejando sus memorias en el territorio de Cushamen.

² Estos espacios, como Cushamen, son campos abiertos cuyos deslindes fueron impuestos por los límites de la propiedad privada --como los latifundios de la Compañía de Tierras del Sud-- en los nuevos mapas oficiales del Estado. Es importante subrayar que estos mapas se confeccionaron aceleradamente y apenas finalizadas las campañas militares contra el Pueblo Mapuche. Cushamen es “lo que queda” después que las elites y el Estado distribuyeron el territorio despojado.

³ Refiere a una perspectiva específica que, en este caso, pone en primer plano ciertos detalles resaltados por la visión de un niño y sus distancias subjetivas.

Quisiera referir también a la importancia de la madre en el relato de Raúl. Empiezo recordando a María Huanquelef a quien conocí a través de los recuerdos de su hijo Martiniano. María llegó a Cushamen después de las campañas militares, junto con la “gente de Ñancuche”; estaba casada con Rafael Nahuelquir, uno de los hijos de ese cacique. No solo era una sabia *pewmatufe*, experta en el arte de soñar y de interpretar los sueños, sino también una conocedora y transmisora de los conocimientos más privados, delicados y profundos del pueblo mapuche. María ejercía este rol de autoridad junto con su rol de madre, con el que tenía un compromiso especial, puesto que no solo fue la madre de sus hijos consanguíneos sino también, y en igual medida, de sus numerosos hijos de crianza. María fue una mamá para Trinidad Huala. Con los años, Trinidad siguió sus caminos, y ella misma fue la madre de doce hijos, más otros de crianza y muchos nietos. Trinidad es el principal personaje de la historia, porque alrededor de su existencia silenciosa, amorosa y cuidadora se fueron tejiendo las trayectorias de Raúl, sus hermanos y hermanas, sus parejas, sus hijos e hijas, los hijos e hijas de estos últimos, así como las trayectorias de otras personas que también encontraron refugio y consejo cerca de Trinidad. Es cierto que la historia del pueblo mapuche es una historia de resistencia, de un constante volver a levantarse, de largas andanzas siempre orientadas como regresos y de luchas permanentes. Pero al relatar la cotidianeidad de Trinidad siendo madre en diferentes contextos --algunos de mucha pobreza y soledad--, Raúl nos está invitando a poner en foco el protagonismo de miles de mujeres que, como su madre, fueron el eslabón imprescindible para restaurar conocimientos, afectos, relaciones y unidad en las familias, las *lof* y el pueblo. Las mujeres resistieron con su cuerpo, pariendo en soledad, amamantando, proporcionando alimento, abrigando, protegiendo... pero también enseñando y aconsejando cómo salir adelante, cómo ser fuertes, cómo luchar por lo que es justo y cómo seguir juntos. Así es Trinidad.

En tercer lugar me detengo en el narrador de estos relatos de la memoria. Un narrador es un artesano que trabaja con la materia prima de las experiencias vividas. Algunas de estas experiencias le pueden haber llegado contadas por otros y otras, pero el narrador las sumerge con las propias, para tallar, con todas ellas, las imágenes de su memoria. De este libro, Raúl Jones Huala es el artesano. El asumió el proyecto afectivo y político de reconstruir la historia familiar de los Jones Huala, de tallar momentos, escenas, sentimientos, esfuerzos y andanzas. Cuando los pueblos indígenas denuncian las incertezas de las historias hegemónicas --sus manipulaciones de los hechos y sus amnesias intencionales--, están también arengando a los narradores de sus propias familias a contar cómo fueron verdaderamente las cosas. Porque en sus formas, estilos y maneras de contar, no solo están describiendo los hechos, sino que también están poniendo en valor sus propios sentidos acerca del curso de la historia.

La historia del pueblo mapuche es y será el resultado de largas conversaciones entre narradores que, como Raúl, recuerdan sus experiencias. En la historia de Raúl y su familia

se van a reconocer muchas otras personas que, al escuchar o leer estos relatos transformarán las experiencias de Raúl en *zungu* (asunto) de la memoria de su pueblo.

Finalmente, refiero a las postas de la memoria, usando una metáfora acorde con la profesión con la que se asocia a la familia de los Jones Huala. La posta alude al conjunto de caballerías que antiguamente esperaban en puntos diferentes del camino para hacer el relevo de las que ya venían andando. La generación de los nietos y nietas de Trinidad irá tomando la posta de sus padres, madres, tíos y tías. Los relatos de estas páginas podrán inspirar nuevos énfasis, emociones, discusiones, diferencias y reorientaciones. Pero Raúl, junto con los hermanos y las hermanas que colaboraron con su narración, le están diciendo a las siguientes generaciones que la historia de su familia es una historia digna de ser contada.

San Carlos de Bariloche, 31 de marzo de 2020.